LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO. —**Apartado de Correos 547, MADRID**

MANUEL GONZALEZ
SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

CENTRO PERIODISTICO DE JOSÉ LERIN
Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Agua de la belleza
PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de 5 *pesetas* en Madrid y 6 en provincias.—Unico depósito en España: *Jacometrezo, 40 y 42, José Andreu.*

SANTALINO
GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la *Blenorragia, Cistitis,* catarros de la *Vejiga* y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. *F. GAYOSO,* Arenal, 2, Madrid.

Fotograbado de A. VAZQUEZ
Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

PULSERAS DE PEDIDA
desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de García Guerra, hijo.
LUNA, 3

A LOS ENFERMOS
del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

ALMA GUASONA
Por JUAN PEREZ ZUNIGA . . . 2 *pesetas.*

AÑO I. **Madrid, 8 de Julio de 1911.** **NÚM. 10.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS



LA CUBANITA
Gentil «divette», española y castiza hasta «allí».

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUIN DICENTA
Puerto nuevo.
ANTONIO PASO
La chica del coro.
MANUEL DEL PALACIO
Judit (soneto inédito).
LEOPOLDO BEJARANO
Divagaciones babilónicas.
CRISTOBAL DE CASTRO
La rubia del palco.
EL CONFESONARIO
Artículos de
LAS HERMANAS SOLSONA
y PUNTERET
SINESIO DELGADO
Menudencia.
ANTONIO PALOMERO
El tema eterno.
LUIS J. ECHEGARAY
Las tres gracias.
FRANCISCO VILLAESPESA
(Cantares.)
DORIO DE GADEX
Carta á una desconocida.
TOVAR, CYRANO y ALFONSO

Retratos y caricaturas de La Cubanita, «Mimí» Ortega, Lolita y Angelita Solsona, Punteret, Leopoldo Bejarano. Postales de «don» Escartín y otros dibujos.

5 cénts.



Jamás olvidaré la juerga mística,
rayana en bacanal,
que la grey adorante y eucarística
tuvo en El Escorial.

¡Qué poemita erótico, señores;
¡qué báquico festín,
qué... hubieran dicho si lo ven, lectores,
Dalmacio y Escartín?...

Yo no he visto una cosa semejante,
ni he de volverla á ver:
fué la epopeya del amor triunfante
del hombre y la mujer.

Los curas y sus amas de gobierno
se hartaron de danzar,
olvidando las penas del infierno
con tanto retozar.

Colmaron los hoteles y las fondas,
los *bars* y los cafés;
y buscaron la umbría de las frondas—
para dormir después.

Y á las diez de la noche, al comenzarse
lo de la Adoración,
—rendidos ya de tanto solazarse—
fuéronse á la función.

Y entre cirios, banderas y pendones
la eucarística grey
daba siempre, al final de sus canciones,
vivas al Papa Rey...

Y antes de recibir la eucaristía,
se echaron á *sornar;*
y así, por todas partes no se oía
nada más que roncar.

Frailes y monjas, clérigos y amas,
los de la Adoración,
de las losas de piedra hicieron camas
y del suelo colchón.

Del Real Monasterio yo os diría
que... (lo voy á decir)
... más que trazas de iglesia, las tenía
de casa de dormir...

El día fué, en resumen, para todos
de alegre placidez;
pero á la noche estaban ya beodos
de mística embriaguez.

¡Y tenían que ver *ellos* y *ellas*
cuando, al salir el sol,
se descubrían en su faz las huellas
del velar y el alcohol.

El polvo del camino, ¡qué de estragos
hizo en más de una faz!;
pero al tocar á misa los monagos
ya todo quedó en paz.

La procesión «de los diez mil durmientes»
se hizo ya sin placer,
porque el sol no ponía tan calientes
al hombre y la mujer...

Y después del calor de la jornada,
por mucha devoción
que se tenga, resulta muy pesada
cualquiera procesión...

Y, en fin, no olvidaré la juerga mística,
rayana en bacanal,
que la grey adorante y eucarística
tuvo en El Escorial.

Carlos Miranda

PUERTO NUEVO

No vi pasajera más linda en cuantos viajes de mar llevo hechos por el mundo. Morena, pálida, con el pelo rizoso que al resbalar sobre la nuca se encrespaba lujuriosamente, negra de ojos, bermeja de labios, ancha de hombros, estrecha de cintura, con los pies y las manos tan diminutas como redondas las caderas y gracioso el andar, resultaba fruto codiciable, más codiciable aún cuando su vocecilla suave, que ceceaba las palabras con acento andaluz, lleva á oídos de sus oyentes conceptos llenos de gentileza y de donaire.

Contenía su carácter un fondo extraño, mezcla de alegría y tristeza; tan pronto musiqueaban sobre su boca carcajadas felices, como brillaban en sus ojos melancólicos resplandores; después de estar hablando mucho y deprisa con charla de pajarillo loco, callábase súbitamente y permanecía en silencio horas y horas, recostada contra la mecedora de lona, echada hacia atrás la cabeza, perdidos los ojos en las azulosidades del cielo ó en las movedizas lejanías del mar.

Desde nuestra primera conversación simpatizamos mucho. Gustaba ella de oirme cuando la refería mis cosas, mis locuras, sucesos de mi vida; gustaba yo de ver asomarse á sus labios su alma soñadora y ardiente, sus anhelos indecisos de cosas nuevas y de sentimientos nuevos también; y así de conversación en conversación, de diálogo en diálogo, fué creciendo aquella intimidad hasta el punto de que, sin darnos cuenta de ello, habíamos concluído por formar rancho aparte, por aislarnos de los otros viajeros que, me refiero á los hombres, me contemplaban con gesto envidioso; estoy seguro de que en aquel viaje me creé unos pocos enemigos más.

Ella iba sola, sin otra compañía que una doncella francesa que hablaba tres ó cuatro idiomas. Todos le hacían falta; charlaba tan sin tasa y medida, que con un idioma solo no hubiese tenido bastante.

¿Quién era? Por lo que pude colegir, la viuda de un vivo, de un hombre á quien adoró y que por las condiciones de su carácter se hizo indigno de ella y la obligó á perder una ilusión más y á escribir en su alma un desengaño nuevo. ¡Amor!... Ella no podía, no sabía vivir sin amor, pero ¿y dónde encontrarlo?

De eso hablábamos una tarde á la puesta del sol, mientras el barco se dirigía hacia la costa y el contorno airoso de Málaga se dibujaba en el horizonte... Los pasajeros nos fueron dejando solos en la cámara para subir á bordo, y ella y yo charlábamos, charlábamos.

—¡Amor!—decía ella.—¡Amor!... Un minuto de amor verdad, vale toda una vida. ¿No lo cree usted?

—Lo creo; más que creerlo, lo aseguro—respondí yo.—Amor verdad. Es decir, compenetración de almas, de cuerpos, de voluntades, de pensamientos; yuxtaposición moral y material de dos seres; ser dos en uno constante, sí, eso es tan hermoso que vale la pena sentir el dolor de perderlo para siempre por la dicha de gozarlo un instante!...

Hubo una pausa... La máquina pitó con majestuoso pitido; oyóse arriba en la cubierta un ir y venir de hombres; la hélice batía el agua acompasadamente... Los ojos de ella estaban fijos en los míos, los míos en los de ella; por nuestros labios se escapaba el aliento abrasado y penoso, nuestras manos se encontraron, la mía atrajo hacia mi cuerpo aquel cuerpo hermoso, la gentil cabeza de ella cayó sobre mi hombro... murmurando la palabra «amor»...

. . . . . .

¡Fondo!... gritó alguien en cubierta.

Joaquín Dicenta

NUESTRAS COCOTAS



"MIMÍ,, ORTEGA

LA CHICA DEL CORO

I

Como bonita, lo era. ¡Vaya si lo era! ¡Una monada!

Entró en el coro á los dieciséis años, y el empresario vió desde el primer momento que de aquella chica se podía *sacar partido*.

El maestro de coros, en el segundo ensayo la ordenó que se sentase á su derecha, muy juntita á él, para *oirla mejor*, y la trató con más consideración que á las otras.

El director de orquesta, cuando se apercibió que había *gente nueva*, gritó más que de costumbre en el ensayo general, y mandó que *aquella chica* la colocasen la primera de las primeras.

El director artístico también desplegó un celo excesivo, é impuso unas cuantas multas á las que llegaron un segundo más tarde de la hora señalada para el ensayo.

Los autores de la casa empezaron á planear *una cosilla* en la que tuviese un papel de lucimiento la corista nueva.

El apuntador le ofreció que el día que debutase de partiquina, aunque no supiese el papel podía salir con confianza; el segundo apunte tomó la costumbre de llamar al coro quince minutos antes, con objeto de que no hubiese falta, según él, y de estarse de palique con la nueva, según ellas; el portero del escenario, huraño y mal humorado de suyo, se mostraba amabilísimo con la mamá de la chica, hasta el extremo de *empalmar* para un café que todas las noches se tomaban en el entreacto del segundo al tercero; el sastre le ofreció lo mejorcito, y el guardarropa le dijo que para cuando hicieran *Los sobrinos del capitán Grant* podía contar con la carabina más chica y más bonita del *repertorio*.

—Le advierto, niña —añadió—, que es una carabina con sombra; todas las coristas que la han utilizado son hoy primeras tiples.

Pilar Rodríguez no podía quejarse del recibimiento que la hicieron á su entrada en el arte chico.

DE VUELTA DEL CONGRESO



—¿Habría muchos sermones, Padre?
—Sí, hija, sí. Yo, el día que menos, eché tres.

La madre, satisfecha también, soñaba todas las noches con un cartel muy grande, en el que con letras encarnadas se anunciase el debut de la niña como tiple absoluta, y la portera de la casa, en la que ocupaban el cuarto cuarto, se atrevió á pedirla *aunque no fuese más* que tres anfiteatros para ver á Pilarcilla.

La fortuna loca, como la llaman, se mostraba pródiga con la pobre niña.

La obra ofrecida se leyó y se repartió; empezaron los ensayos, y director y autores, empresarios y músicos, prodigaron alabanzas al nuevo trabajo de Pilar Rodríguez.

Inmediatamente se dió orden al sastre para que la hiciese el traje de silfide que había de sacar; el empresario se permitió darle un golpecito en la cara en señal de enhorabuena; todos la rodearon felicitándola.

II

Dieciséis años, acompañados de unos ojos negros, de unas líneas suaves, de un pelo más negro que los ojos, que caía sobre los hombros formando cascadas de sombras, de unos dientes menuditos y blancos y unos labios más rojos que cerezas, no están jamás faltos de amor.

Pilar Rodríguez hablaba con un jovenzuelo, un pintor, bohemio incorregible, que se consolaba de su pereza haciendo votos de empezar el trabajo un *mañana* que nunca llegaba.

Por este motivo, el casamiento proyectado se hacía imposible, y las necesidades imperiosas de la vida obligaron á Pilar á buscar diez reales en el coro de un teatro por horas.

Allí donde se estrellan todas la virtudes y el vicio campa alegremente; allí donde los ascensos generalmente ganados á fuerza de *favores*, ¿cómo podría la corista borrar la murmuración que empezaba á manchar su vida honrada? ¿Tendría fuerza para resistir los halagos y las ofertas?

. . . . . .

Llegó la noche del estreno de la obra en la que debutaba de segunda parte Pilar. El teatro estaba lleno; cuando salió á escena, una salva de aplausos suspendió por algunos momentos la representación.

Más que á la obra, la ovación era á la mujer, á la estatua.

La desnudez de la artista deslumbraba; la belleza se impuso.

La pobre niña, nerviosa, no acostumbrada á los aplausos, se equivocó dos veces, pero ni público ni autores se fijaron en ello. Las líneas llamaban toda su atención.

Al caer el telón la llamó el empresario y la dijo:

—Piense usted en una obra para debutar como primera y ya hablaremos—; y le dió otro golpecito en la cara.

Desde aquella noche se dió por seguro que Pilar Rodríguez sería la figura más grande del teatro chico.

III

Una noche llamó poderosamente la atención de la *gente de casa* que el director, que por la mañana había estado en casa de Pilar, se mostrase malhumorado con ella, hasta el punto de indicarle al empresario la necesidad de sustituirla porque se equivocaba mucho. Más tarde también chocó que el director de orquesta en un ensayo la reprendiera duramente diciéndole «que no servía para nada».

El maestro de coros se permitió decir que aquella chica había perdido la voz; el portero del escenario cerró el paso al novio de la nueva artista; el apuntador, siempre que podía, le largaba un *camelo*, y el sastre y el guardarropa nunca tenían nada de lo que necesitaba sacar á escena.

La caída era sólo comparable en la rapidez á su encumbramiento.

Otra noche comentóse que los autores de la obra nueva le habían retirado el papel de silfide, á pesar de que por la mañana habían almorzado con ella, y últimamente el empresario, el día de la nómina, la despidió, diciéndola:

—Está visto, usted no quiere ser primera tiple.

. . . . . .

Pilar Rodríguez sigue viviendo en el cuarto cuarto de la casa número 7 de la calle X, donde espera á que cumpla el plazo que le ha fijado á su novio para el casamiento, con la amenaza de que, si falta á él, debuta en seguida como primera tiple.

Antonio Paso



JUDIT

Me convida á comer, le doy palabra,
voy al regio salón donde me espera,
y á mitad del banquete, el muy gatera
se emborracha lo mismo que una cabra.

Mando á un ujier que el camarín nos abra,
me desnudo y me acuesto la primera,
mas nada le conmueve ni le altera..
¿quién en terreno semejante labra?

En vano, más que nunca seductora,
de mis encantos á gozar le exhorto
sintiendo que la fiebre me devora..

¡¡Y yo, viuda y sin hijos lo soporto!...
¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar, señora?
¿Yo?... ¡Lo mismo que usted!.. ¡Yo se lo corto!

Manuel del Palacio

(1) Soneto inédito de Manuel del Palacio, que conservaba entre sus papeles de otro tiempo el ilustre Antoñito Palomero (*Gil Parrado*).

DIVAGACIONES BABILÓNICAS

¡Por Isis, por Osiris y por Annubis!
¡Esta muchacha quiere que entre por *uvis!*
(La Corte de Faraón)

Cuanto han oído ustedes hablar de estas divinidades, que me parece oportuno presentárselas, antes de que regresen á Memfis, aprovechando su paso por Madrid con motivo del Congreso Eucarístico.

Esta señora con cabeza de vaca y cuerpo de mujer es la diosa Isis, esposa legal de Osiris, que es este caballero con cabeza de buey. Como los rasgos del marido son los más á propósito para confundirle con cualquier mortal de la escala zoológica de los casados, convendrá que os fijéis bien en él para evitar que al llegar á la oficina ó al tomar asiento en el tranvía, se os ocurra saludar al primer amigo con un «¡Hola, Osiris!», abrumador por todos conceptos.



LEOPOLDO BEJARANO

Moro honorario y futuro defensor en nuestro Parlamento de la institución del Harén.

Aunque se dice anticlerical, nos consta que se «perece» por cierto género de «Adoración nocturna».

Isis —podéis acercaros sin miedo— es una buena muchacha, aunque un poco infatuadilla con sus éxitos en Eliópolis y en Tebas. Tiene una locuacidad completamente femenina y repite en todos los idiomas este pequeño discurso que la escribió Apuleyo. Escuchadle:

«—Yo soy la naturalza, madre de todas las cosas, soberana de todos los siglos, la primera de las divinidades, la reina de los mares, la más antigua habitante de los cielos, la imagen uniforme de los dioses y de las diosas... Yo soy la única divinidad adorada en el universo bajo diversas formas, nombres y ceremonias. Los fenicios me llaman la madre de los dioses, los ciprios la Venus de Pafos, ustedes lo que quieran llamarme, teniendo presentes los cuernos de mi esposo...»

Osiris —tampoco debe inspiraros serios temores; no topa— completa la presentación de su compañera con este pequeño «spich» babilónico:

«—Yo, señoras y caballeros, soy el emblema de la naturaleza macho, que tiene necesidad del concurso de la naturaleza hembra para engendrar y crear. Mientras los sacerdotes de mi señora llevan en las ceremonias el «Bieldo» mistico que recibe el grano y sus despojos (pero sólo reserva el primero desechando los segundos), mis sacerdotes llevan el sagrado «Tau» ó las llaves que abren las más firmes y difíciles cerraduras. Todas las mujeres tienen un «Bieldo» más ó menos capaz, y todos los hombres un «Tau» más ó menos grande. En juntarlos está el secreto de la vida.

En nuestras procesiones, mucho más atrayentes, mucho más sugestivas que las que os acaban de colocar en Madrid inmediatamente después de la simbólica vaca de leche, las jóvenes consagradas, por mal nombre «cistóforas», llevan la «ciste» mística, canasto de junco repleto de panecillos ovales agujereados por el centro. ¿Comprendéis la imagen? Cerca de ellas una sacerdotisa conduce en una urna de oro la adorable figura de la divinidad suprema, instrumento de los misterios más secretos...

En la ciudad de Bubasta nos dedican periódicamente grandes fiestas, en las que se practican millares de iniciaciones. (De alguna manera hay que llamarlas). Hombres y mujeres, confundidos unos con otros, se conducen allá por agua. En cada barca se reúnen un gran número de personas de uno y otro sexo. Mientras dura la navegación, algunas doncellas tocan la flauta y algunos sesudos varones las castañetas. Cuando pasan cerca de un pueblo hacen aproximar el barco á la orilla, y las mujeres gritan con todas sus fuerzas á cuantas ven en tierra para que se alcen las faldas...

Setecientos mil peregrinos en torno de mi templo celebran anualmente la fiesta del «Tau» y del «Bieldo»... ¡Pregunten, pregunten á Herodoto detalles de estos ritos»!

Isis y Osiris —ya habéis visto que son simpaticones— os harán seguidamente una reverencia cortesana, y alargándoos la mano os invitarán á un Congreso internacional que se ha de celebrar en Memfis dentro de dos años.

Y vosotros, siquiera sea por ver eso de las cistóforas y por dar un paseíto en barca, camino de Bubasta, aceptaréis la invitación.

Con tanto más motivo cuanto que «La Corte de Faraón» ya os ha hecho conocer cómo son las viudas, las solteras y las casadas de aquel pais de ensueño, donde el casto José dejó de serlo y vuestra experiencia en toda suerte de ritos os hará preferir los de los «menfis» á los de la Adoración Nocturna.

¡Que, en definitiva, son los verdaderos menfis, como dirían las sacerdotisas de la calle de Céres (antes Justa)!

Leopoldo Bejarano.

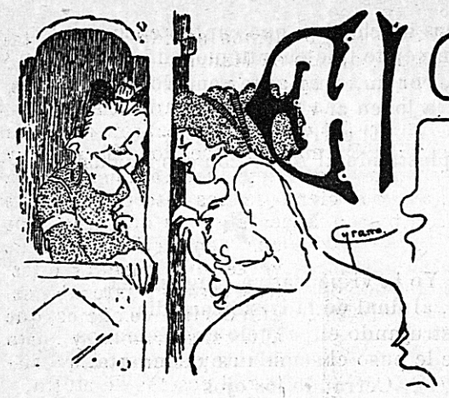
LA RUBIA DEL PALCO

Arropada entre pieles costosas
asomó la divina cabeza
y, teniendo el *portier* en las manos
con gentil apostura de reina,
entornó sus ojazos inquietos
y se puso á mirar á la escena.
Sus párpados lisos
se enterraban en grandes ojeras,
y un temblor de adorable fatiga
entreabría su boca pequeña.
Soberanos repliegues del traje
moldeaban las formas espléndidas
y, clavada en los rubios cabellos,
relumbraba una rica diadema...
... Seguía mirando
nerviosa é inquieta,
y temblaba su lente de concha
con febril emoción de tristeza...
Era el drama, el eterno, el de siempre;
el Amor contra el oro en pelea.
Dos muchachos que cantan ensueños
un vejete que cuenta monedas,
y, por fin, el amante vencido
y la joven al viejo sujeta...
¡El carro de plata
aplastando al Amor con sus ruedas!

Yo la vi pensativa, angustiosa,
y, al final de la triste comedia,
estrujando el pañuelo en sus manos
se le puso el semblante de muerta.
Cerrando los ojos
con todas sus fuerzas
—como el que huye mirar una cosa
que detiene la sangre en las venas—,
inclinó la cabeza divina
y quedó unos minutos traspuesta...
Gustaba memorias,
recitaba plegarias secretas...
¡Como todo el que sufre de amores,
como todos, soñaba despierta!...
... Levantóse el *portier* lentamente,
y asomó una pelada cabeza.
Era el amo. Llegaba la hora,
y los amos, son amos: no esperan.
Y la vi despertar, dolorida;
y la vi sonreir, traicionera;
arropada entre pieles costosas,
con gentil apostura de reina...

¡Pobre Venus, que brindas amores
y de eunucos recibes ofrendas,
y suspiras por jóvenes fuertes
y recibes caricias sin fuerza!...
Eres tú, como el sol del desierto
que se gasta en besar las arenas...
¡Ni una planta tus rayos fecundan!
¡Ni una flor tus caricias procrean!...
Eres tú, pobre Venus esclava,
como el pobre y obscuro poeta...
¡Nadie escucha el sonar de sus rimas!
¡Ni un amor sus ensueños les presta!
Como en todo lo grande vencido
hay en ti misteriosos poemas...
¡Pobre Venus, que brindas amores
y de eunucos recibes ofrendas!...

Cristóbal de Castro



El confesonario

LOLITA Y ANGELITA SOLSONA

PORQUE somos tan ingenuas como bonitas y tan bonitas como complacientes y no negamos nada de lo que el público nos pide, «en público», naturalmente, nos llama la gente artistas sicalípticas. En cambio «á otras» que lo que regatean en público, lo dan en privado por cualquier cosa, al que se lo pide, se las dice recataditas. ¡Así va el mundo!

Pero, Padre y lector, que nos «pasamos». Nuestra misión al confesarnos no es filosofar y defendernos, sino acusarnos... «Ciñámonos» por tanto.

La menor de nosotras, Angelita— y ¡ah! conste que la mayor no pasa de los veinte añitos—, tiene una historia la mar de negra. Por ella se ha suicidado recientemente un alemán; por ella dejó su oficio un cura el año pasado en Valladolid; por ella se fugó de su casa y de su pueblo un aldeano que, á cambio de que se retirase y fuera «pa el solo», la ofrecía una pensión vitalicia de diez reales diarios; por ella...

Lolita, la mayor, es también «terrible». Como Angelita, ha visto á sus pies á un turco millonario, que á cambio de que abandonase á su familia y se fuese con él á su país, la ofrecía trenes y joyas á montones. Pero si, si, ¡buena es ella! Lolita es una chica que razona —y razona muy cuerdamente, le parece á ella— en socialista. Quisiera que todo fuera de todos y para todos; que no hubiera buenos ni malos, ni pobres ni ricos. ¡Quisiera tantas cosas que no pueden ser! Pero desde luego de lo que tiene que acusarse es de que no está conforme con el mundo tal como va. De que muchas veces la alegra la esperanza de que una revolución va á dar un cambio á esto. Y se ve tras de una barricada, disparando un fusil y matando gente y amasando con la sangre de esta gente el barro para construir los cimientos de una sociedad nueva...

Pero qué serias nos ponemos, ¡qué barbaridad! A ustedes, Padre y lectores, de seguro no les interesa esto ni tanto así... A ustedes ha llegado la noticia de nuestra campañita —pornográfica, dicen por ahí; sicalíptica decimos nosotros, estableciendo la diferencia que va de lo picaresco á lo grosero— en Barcelona, y de lo que ustedes quieren que les hablemos es de eso; lo sabemos.

Pues vamos allá.

En rigor, en los seis meses que hemos pasado por allá, entre el Teatro Arnau y «La buena sombra», no hemos hecho nada de particular. Haciamos *La pulga, El ratón,* un dialógo muy salado y algunas otras cosas más, todas muy graciosillas. Las haciamos sicalípticamente, claro está; es decir, desabrigaditas.

Pero pornograficiacos, lo que nosotras entendemos



ANGELITA SOLSONA

por pornograficiacos, llevarnos la mano á ciertos sitios y hasta llegar á esconder los dedos, ¡palabra que no!

El público nos aplaudía á rabiar; no sólo en escena, sino hasta en la calle algunas veces. Pero salió ese don Dalmacio, «ese barbitas», que había seguido á Angelita una buena temporada, acercándose á ella y diciéndola siempre: «¡Qué bonita es usted; pero qué pena me da que sea tan sicalíptica!», y se armó la de Dios es Cristo.

Una tontería, porque la cosa en realidad no lo merecía. Figúrense ustedes... Una noche fué á vernos una autoridad civil de mucha, mucha autoridad en Barcelona. Angelita no lo sabía, y aquel día precisamente salió más sicalíptica porque sacó un clavel reventón y muy rojo en un sitio que parecía otra cosa.

Pues, bueno; aquel señor no se enfadó; por el contrario, mandó á un sacerdote amigo suyo y amigo nuestro al escenario, y con él fué Angelita al palco en que la autoridad estaba, á obscuras por cierto.

Angelita dió luz y se encontró con aquel señor, á quien sólo había visto en fotografía.

Al pronto se quedó parada; pero el señor..., que por cierto es muy simpático, la felicitó y la convidó á Champagne, y quedamos todos tan amigos.

Otra noche, poco después, acompañado del secretario de aquella autoridad y de otro señor muy simpático, también de bastante autoridad en Barcelona, que nosotras habíamos conocido en Madrid, se presentó un pollito que decían que era hijo del señor..., entonces jefe de aquellas autoridades.

El chico y sus acompañantes llevaban la pretensión de que «extremásemos» todo lo posible, y así se lo dijeron al empresario, que á su vez nos lo dijo á nosotras.

Y nos pasó una cosa: nos pasó que nos pareció que aquel pollo era un poquito tonto —luego hemos sabido que de tal está acreditado en Madrid—, y no nos dió la gana complacerle. De todos modos, viendo lo que vió, se fué tan satisfecho.

Luego fué cuando empezaron á chillar ese don Dalmacio y ese don Escartín, y se dió un «meeting» contra nosotras, en el que por cierto se nos vitoreó y se nos prohibieron hacer algunos números, y se nos denunció la mar de veces «por enseñar nuestras cosas al natural», según decían los oficios, que aún conservamos, y hasta se nos pusieron seis ó siete mil pesetas de multa.



LOLITA SOLSONA

Esto es todo lo sucedido, de lo que no estamos arrepentidas, porque hemos conseguido la simpatía de Barcelona entera, que nos quiere lo menos tanto como al señor Lerroux.

Ante ustedes, Padre y lectores, que han de absolvernos, tampoco nos arrepentimos de ningún acto de nuestra vida. Es decir, si: del de habernos metido á escritoras, porque esto es más difícil que todas las cosas.

¡Ah! Tenemos que explicar una cosa: el traje con que aparecemos en las fotografías que ilustran este artículo.

Lolita, que ya está comprometida y no tiene maldito el interés en que la conozcan en la calle los que sólo la han visto en escena, así como aparece ante las candilejas, se presenta.

Angelita ya es otra cosa. Está que rabia por un novio de su gusto —su gusto un «poquitín» difícil de interpretar—, quiere que se la conozca en su aspecto de ciudadana formalita, y no la vendrá mal tampoco que en la calle la siga algún chico, á ver si al fin encuentra ése con el que sueña.

¡Conque ya lo saben ustedes, poyos! ¡A lanzarse!

Lolita y Angelita Solsona

PUNTERET

La verdad ante todo.

Me une de antiguo una buena amistad á la gente de La Hoja de Parra, y á esta buena amistad, y no á mis propios méritos, se debe el que mi modesto nombre figure en esta «tribuna» por la que han desfilado verdaderos maestros de la tauromaquia.

Otra verdad.

Yo soy un hombrecito muy formal en todas mis cosas, y tengo mis ideas particulares sobre esto del amor y sus diferentes complicaciones. Además, soy muy «reservón», y por mi gusto yo no me ocuparía de estas cosas. Pero lo hacen todos y no hay más remedio, por lo visto, como si yo por el solo hecho de ser tocayo, fuera también un discípulo ó imitador del señor Tenorio. ¿Quién duda que yo, como cada hijo de vecino, tengo mis cosas en su sitio, y que rodando por esas plazas de Dios y por esas fondas del diablo, he tenido que echar mano de ellas?



JUAN CECILIO

Esto que les voy á contar tiene para mi la importancia de haber sido el primer susto que me gané en mi vida.

Toreaba yo en Bilbao, y desde las primeras corridas en que trabajé en aquella hermosa población no hacía más que hacerme la rosca un chavalillo que á la fuerza quería ser mi mozo de estoques. Tanto insistió y tanta lata me dió, que al fin le saqué una ó dos tardes. Y allí estaba el hombre entre barreras desviviéndose por servirme. Una de las tardes observé que el muchacho estaba muy nervioso, y no hacía más que mirarme como si quisiera decirme algo importante. Por fin, una de las veces que me acerqué á él durante la lidia, me dijo: —Oiga usted: ¿ve usted esa buena moza del tendido? ¿Esa de la mantilla? Pues... —¿Esa que está de pie? —No, si no está de pie, está sentada; pues... Volví la cabeza con alguna prudencia y me quedé de una pieza. Aquello no era una mujer; aquello era la torre de Aguirre, con mantilla. Bueno, ¿qué le pasa á esa buena moza?—dije al chaval. —Que quiere ver á usted esta misma noche sin falta; aquí me ha dado esta carta, pues... —Pues dila que no tomo nada entre horas. El muchacho no insistió y continuó la lidia. Pero el toro también se puso de parte de la buena moza y se entableró á dos dedos del tendido donde ella estaba. Y comencé á hacer la faena decidido á no mirar más que al toro; éste dió una arrancada, y la buena moza dió un grito, y se puso de pie, de verdad; y yo entonces me quedé horrorizado, no de la espantada, sino de aquello que salió del tendido y que subía hacia arriba, y que no tenía fin.

Terminó la corrida; la cosa se dió bien, y unos cuantos amigos me acompañaron á la fonda. Cuando me quedé solo con el chaval, me entregó el papelito; nada, no pedía nada la señora. Me decía que estaba decidida á todo, incluso á las pastillas de sublimado si no la quería y si no trataba de verla aquella misma noche. ¡En seguida iba yo á presentarme ante aquella mole! Ni en broma. Despedí al muchacho y me puse tranquilamente á desnudarme. Y poco menos que como vine al mundo, me quedé sentado ante una mesita pensando en aquella pasión tan repentina. En esto, ¡zás!, se abrió la puerta de mi cuarto, y ¡horror!, la moza aquella que sin duda se había cansado de esperar, y se me colaba dentro. Al mismo tiempo sentí que por fuera echaban la llave. Nada. La moza estaba de acuerdo con el mozo de estoques.

¡Si yo lo sé!

No me dió tiempo para nada, ni siquiera para cubrir ciertas cosas que no estaban precisamente bien al fresco.

—No te vistas, nene mío, no te vistas —me decía—, y al mismo tiempo ella empezaba á desnudarse precipitadamente como si estuviera loca.

—No te desnudes—la decía yo—, y como si no. Me subí encima de la mesa, y como no había otro remedio, desde aquella altura empecé á observar todas sus desnudeces. A medida que se iba quitando prendas de vestir, me iba pareciendo más larga aquella señora. Con qué facilidad desató nudos, deshizo lazos y echó ropa al suelo. A todo esto yo en el alero. (¡Ojalá hubiera podido ser!) Total, que por aquella vez, en vez de pastillas de sublimado fueron de café con leche legítimas de Logroño, que estaban allí al lado, las que tomamos los dos. Pero al mozo de estoques lo despedí.

Lo demás que haya podido ocurrirme en este terreno han sido chispazos sin importancia y sin sustos.

Y volviendo á mi terreno, ó sea á la seriedad, he de decir á mis buenos amigos Gómez Hidalgo y Calonge que hoy por hoy y mientras vivan, mi cariño y mi preocupación son mi padre y mis hermanos.

Amor verdad, tan cantado por los poetas y escritores, y tan deseado por los hombres de corazón sano.

Pero esto ya no es del *distrito* de La Hoja de Parra.

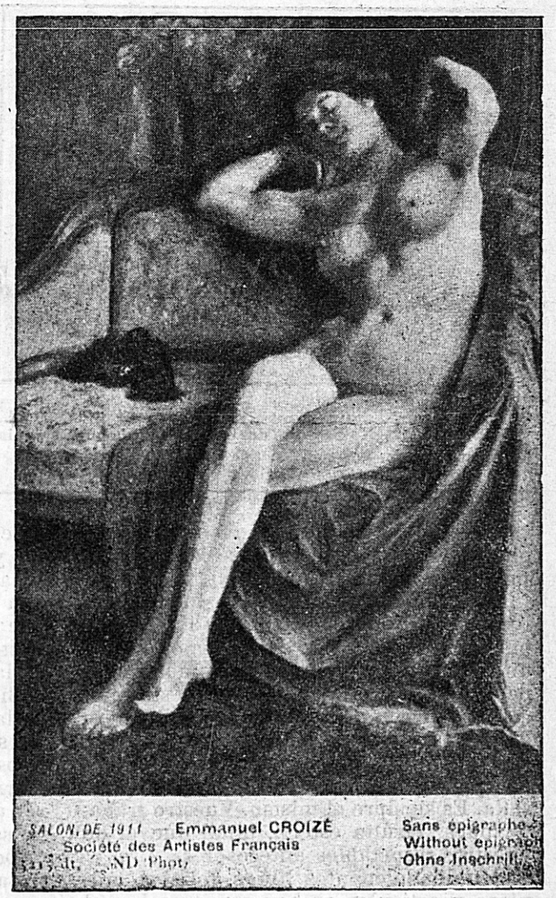
¿Verdad que no?

Juan Cecilio
Punteret

MENUDENCIA

Mi amigo don Juan Verdejo,
que pasa de los sesenta,
gran buscador de aventuras
y admirador de las hembras,
toca el cielo con las manos
y se irrita y se lamenta
porque le gustan las chicas
más que cuando iba á la escuela,
y siente que, como entonces,
hierve la sangre, y se quema,
y se le agitan los nervios
y... como sino, morena.
El dice que es una lástima
que cuando tiene experiencia
le coloque insuperables
obstáculos la materia.
Pero yo le digo siempre,
para ver si se consuela,
que hay que aguantar esas bromas
de la sabia Providencia,
que nos da la dentadura
cuando nos bastan las berzas,
y al apetecer la carne...
nos va quitando las muelas.

Sinesio Delgado

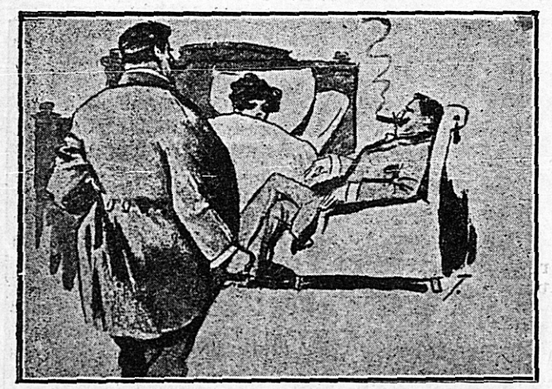


OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

EL TEMA ETERNO

Vo os desafío, ¡oh padres graves que perseguís el más puro y santo de los afectos!, á que me citéis el nombre de cualquiera de vosotros que no haya pensado en el amor para adorarle ó para maldecirle...

Citadme también la casa donde no se ame; la calle que no guarde el eco de alguna cita; la muchacha que no sienta en el corazón juveniles ansias y vitales entusiasmos; el día del mes, año ó siglo que os plazca, en cuya crónica no se registre una pastoral amorosa ó un drama pasional...



El doctor.—No hay que darle vueltas. La corpulencia de usted lo explica todo...

Bien sé que os será imposible. Como será vuestro deseo extinguir lo que no puede extinguirse, y de hacernos acatar un código estrecho y mezquino donde nos pedís «juicio», en nombre de vuestra moral raquítica, é «indiferencia» en nombre de vuestra doliente senectud.

¿Para qué? Al amor ni se le conmueve con rogativas, ni con latigazos se le avasalla. Es siempre el mismo. Vuestro trabajo, pues, resulta estéril, igual que el de nuestros respetables antecesores.

Reuniendo cuantos libros, folletos, crónicas y artículos se han escrito sobre el amor, podría formarse una biblioteca de algunos millones de títulos. No hay para qué incluir en ese número dramas, comedias, novelas y cuentos dedicados á tan amable tema; sabido es que en la obra literaria universal las relaciones del hombre y la mujer apenas dejan espacio para otros asuntos. ¿Y en qué lira de poeta no habrá una cuerda que vibre al impulso de la pasión?

La biblioteca colosal, de innumerables volúmenes, podría formarse solamente con los trabajos dedicados al estudio del amor... ¡Y qué diferencia de ideas, qué opiniones tan diversas, qué pensamientos tan encontrados hallaríamos al examinar aquellas luminosas lucubraciones!... Ya es un sutil psicólogo quien nos presenta las reconditeces de alma femenina para ayudarnos á comprenderla, ya un hombre de ciencia, inexorable y frío, quien examina juiciosamente, con impasible método, infinitos casos aislados, deduciendo de ellos una regla general, como si se tratara de cualquier epidemia terrorífica; aquí salta el creyente entusiasta; allá el sombrío misógino; éste, austero moralista, amenaza con eternos sufrimientos á los amantes; aquél, místico ardoroso, bríndales inefables consuelos...

¡Ilustres sabios, todos tenéis razón, y, sin embargo, ninguno estáis en lo cierto! Vuestras observaciones, admirables sin duda, no tienen otro valor que el de personales puntos de vista. Pero fuera ridículo, y es imposible, deducir de ellos enseñanzas, ni fundamentar leyes que puedan acatarse. Dejad al amor que cante y que sufra. ¡Sólo así puede ser grande y misterioso, animando con su música divina la monotonía de la existencia!...

Bien que todos vuestros trabajos hallan en la vida misma su reputación inmediata. Al sombrío pensador contestan á diario unos labios frescos que cantan la canción eterna de la dicha, y para templar los puros optimismos escribe el puñal una página sangrienta. Pero lo mismo al oir *rumor de besos* que gritos de dolor, se puede contestar con el poeta:

¡Es el amor que pasa!

Antonio Palomero

LAS TRES GRACIAS

Una tenía dieciséis años, otra treinta y uno y la otra cuarenta y seis, y eran abuela, madre é hija, y las tres, elegantes, graciosas y provocativas.

Sus nombres eran Simona, Olimpia y Atanasia: ésta viuda, la otra casada y la de más allá doncella.

La belleza de la abuela, á pesar de los años, conservaba el sello grácil y coquetón de la juventud y seguía siendo la joya caprichosa que pocos afortunados pudieron un día lucir. Olimpia era de una hermosura clásica, matronil; todo en ella era perfecto, la línea, el alma, las pasiones, todo reposado y tranquilo. En cuanto á Simona, reunía las gracias de su madre y de su abuela, realzadas con algo propio y exclusivo que hacía de su belleza, no el conjunto de ambas, sino otra belleza diferente.

En Madrid, donde las circunstancias las condujeron, no tardaron en ser conocidas con el nombre halagador de las *tres gracias*. Y como eran muchas gracias reunidas en una sola casa, para que la murmuración no se cebase en ellas, entre otras anécdotas poco edificantes, he aquí la que se ha popularizado con el título de «La conquista del alférez».

Este alférez de Carabineros respondía al nombre de Amadeo Maldonado, y era un guapo mozo.

Las tres gracias le habían conocido en no sé qué reunión, y las tres quedaron prendadas del joven militar, en lo cual no hay nada de extraordinario, pues parece natural que en cuestión de gustos deba reinar uniformidad entre los miembros de una familia.

Desde el primer momento, lo mismo doña Atanasia que su hija doña Olimpia, testimoniaron á Amadeo el sentimiento de afecto y simpatía que en ellas había despertado su presencia, y tan á maravilla supieron arreglárselas, que Maldonado, sitiado por todo género de distinciones significativas, entró en el número de los adoradores de las dos damas.

Por su parte Simona, que lo mismo que su madre y su abuelita sentía el amor á la belleza —esa augusta consoladora de las miserias humanas—, puso en práctica para cautivar al joven las consabidas sonrisas animadoras, los guiños de ojo, las miradas incendiarias, los apretones de mano, etc., y Amadeo no pudo dudar.

Las tres gracias habitaban una linda casita rodeada por un jardín, cuya puerta daba á una callejuela desierta.

De aquella puerta cuando aún no habían pasado ocho días desde el primer encuentro, ya tenía el bravo oficial dos llaves, una que le confió doña Atanasia y otra doña Olimpia; y no pasaron muchos más, cuando se vió precisado á aceptar una tercera que le ofrecían las blancas y delicadas manecitas de Simona.

Mientras Amadeo Maldonado esperaba con ansiedad la hora de pisar por primera vez el umbral del dormitorio de Simona, ésta, ocupada en desnudarse y esperando el momento con no menos anhelo, se decía:

«Es realmente guapo Amadeo y no concibo el efecto que me ha producido... Con otro no sería yo capaz de hacer lo que con él yo misma he procurado... ¡Soy hermosa! He comparado á las estatuas mis espaldas... todo es perfecto... poseo todas las gracias...

En la ventana de Simona, que daba al jardín, se oyó un leve ruido, y como no se hallaba cerrada, antes que la joven pudiera defenderse, todas sus gracias y todas sus bellezas, y ella misma toda, se encontraba entre los brazos del dichoso oficial de Carabineros. Y pasó una hora y pasó otra, y Amadeo, que no había previsto que al lado de su nueva conquista el tiempo corriese tan velozmente, oyó con espanto que en el reloj de la torre sonaban las cinco de la mañana.

—¡Y á la una que estaba citado con Olimpia y á las dos con Atanasia!—se dijo el alférez.

Atanasia y Olimpia entretanto, después de pensarlo todo, ya no sabían en qué pensar para explicarse la ausencia de Amadeo; y cada una en su cuarto se entregaba á la desesperación.

«¿Qué hacer? ¿Por qué esta tardanza? ¿No habrá comprendido lo que yo le decía en mi carta?... Sin embargo, bien claro estaba... ¡Querrá romper! ¡Ingrato! ¡Traidor!»

No pudiéndose contener doña Atanasia, bajó al jardín y fué á abrir la puertecilla de la callejuela. El día comenzaba á despuntar.

Entretanto, guiada por los mismos de-

seos, por la misma ansiedad que su madre, doña Olimpia abandonó su alcoba y fuése también á rondar por el jardín. Doña Atanasia la vió, y aquella aparición fué para ella un rayo de luz...

Seguramente Olimpia le había robado el corazón del carabinero...

—¡Ah! —y sus dedos se cerraron crispándose y las uñas penetraron en la palma de la mano.

Las dos mujeres, no obstante, se saludaron sin que ninguna de ellas demostrase sorpresa alguna por ver á la otra en tal sitio y á tal hora.

De pronto, cuando amorosamente escoltado por Simona, Maldonado abría la ventana y saltaba al jardín, Olimpia y doña Atanasia le arremetieron enfurecidas:

—¡Miserable! ¡Infame!

Y con toda la exasperación y toda la rabia reunidas durante la noche, empezaron á arañarle.

—¡Mamá, mamá!—decía Simona.

—¡Aún te atreves á hablar, desvergonzada!... ¡Una chiquilla!... ¡En su cuarto!... ¡Habráse visto!...—y locas arremetieron contra su hija golpeándola de lo lindo.

—Mamá, mamá, si Amadeo ha estado en mi cuarto se casará conmigo.

—¡Se casará contigo!... ¿Y... conmigo?—exclamó Olimpia.

—¿Y conmigo?—repitió doña Atanasia, lloriqueando, y sin saber lo que decia.

Amadeo, anonadado, no se atrevió á desplegar los labios, y, aprovechando el momento de mayor confusión, desapareció dejando á *las tres gracias* gimiendo y llorando la irreparable desventura de haberle perdido.

Luis J. Echegaray

CANTARES

Tener en mi muerte
dos cosas deseo...
¡por caja tus brazos, y como sutus negros cabellos! [dario

Me da horror siempre que alguno
me recuerda tu cariño...
¡después de una borrachera
repugna hasta hablar del vino!

Lástima me inspiran
los que mucho aman...
¡pero aquellos que nunca han amado
me inspiran más lástima!

Fancisco Villaespesa.



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

CARTA Á UNA DESCONOCIDA

SEÑORA:

Dispensad mi atrevimiento, pero desde que os vi puedo atestiguaros que no vivo. Horas son las mías propias tan solo de un réprobo ó de un malvado. Ni el sueño cae sobre mis párpados cuando la costumbre suele llamarle, ni los manjares de la mesa quieren alimentar el pobre organismo de vuestro fiel esclavo.

Harto dolorosa es en verdad mi situación. Os juro por Dios crucificado que no se la deseo siquiera á mi más empedernido enemigo.

La noche fatal que mis ojos contemplaron la opulencia tizianesca de vuestro cuerpo envuelto en una perversa *toilette* de linaje mágico, debí morir, ya que, pobre y feo como soy, no creo deba aspirar á los eximios favores que otros, mejor dotados que yo, han podido gozar hasta la hartura. Un mísero gusanillo de tierra no puede, mejor dicho, no debe desear á la altiva y espléndida rosa, reina del jardín donde naciera; y tampoco le es dable abrigar la locura de que ella le dispense, la limosna —limosna para Emperador— de sus encantos de Venus moderna...

Dentro de mí os veo, señora, rica en beldad y donosura; blanca y rubia, bajo el amparo de un fieltro de felpa gris con tres amazonas principescas; riente la boca, roja siempre y siempre húmeda...

Conversabais con un repugnante anciano, vuestro esposo quizá, acaso vuestro amante, y en los ojos verdes que fulguraban en el cielo beato de vuestro rostro de azucena, había mientras tanto una mirada perversa, un resplandor de lujuria infinita —la mirada de Dahgut, la hija del rey de Is...

El palco que os servía de trono aquella funesta noche —funesta y también bendita— tuvo para mi prestigio de imán tal, que la farsa escénica pasóseme totalmente inadvertida, de lo que me huelgo, pues no gusto de la dramática contemporánea.

Como ser vuestro amante lo supongo un imposible, he decidido matarme, poniendo así coto á mi lacerada vida; mas antes de hacerlo quisiera, señora, me quisierais, me correspondieseis. Yo sabría ser Hércules y Ovidio, y hasta un poco Sade, si es que los martirios y flagelaciones os gustan. Si sois bondadosa y queréis endulzar la profunda amargura de mis últimos momentos, concededme lo que os mendigo.

¿Puedo esperar, celeste dueño de mi albedrío, la inefable dádiva que al pie del sepulcro demando? No os neguéis, que la reina Cleopatra, con ser tan poderosa, tuvo compasión de un súbdito suyo que pedíale lo mismo que ahora me atrevo á implororaros...

Vuestro adorador,

* * *

Por la reproducción,

Dorio de Gádex.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Por el calor propio de la estación ó por falta de calor en las taquillas —averigüelo el curioso Vargas—, están dando cerrojazo unos cuantos «cines» de los que eran nuestro encanto: el Príncipe Alfonso, el Salón Madrid, el Petit Palais y otros varios coliseos adorables, suprimen las coupletistas y se dedican al cultivo de la rica cinta cinematográfica.

Que conste nuestra formal protesta.

En cambio, el amigo Moriones nos anuncia que reforzará el cartel del «Trianon» con unas cuantas artistas jóvenes y hermosas. ¡Sus y á ellas!

Y á los que les asusten estas cosas, que se vayan al Teatro Nuevo, donde un tal «D. Jenaro, el feo» se la amarga al más pintado. ¡Habrá asaúra!

También recomendamos á nuestros lectores la asistencia al «Recreo de la Castellana». Acuden muchísimas gentiles muchachitas en busca del «fresco» que por clasificación las corresponde, y la obscuridad mientras se exhiben las películas es absoluta. Tan absoluta, al menos, como la estrechez de la puerta de entrada, gracias á un coquetón espejo que nos hace pensar si será aquello el tocador de señoras.

El domingo empezó á llover, y para salir por aquel desfiladero nos vimos y nos deseamos. A fuerza de exploraciones encontramos, al fin, lo que buscábamos, y dimos con la calle cuando la humedad nos llegaba á las rodillas.

¡Un dolor, créanlo ustedes!

En el próximo número de LA HOJA DE PARRA publicará un artículo, contando sus aventuras amorosas, el célebre aventurero español Joaquín Camargo (el Vivillo).

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.